

HACER TEOLOGIA PARA LOS POBRES, DESDE LOS POBRES, CON LOS POBRES

FELIPE BERMUDEZ SUAREZ

PROFESOR DEL CENTRO TEOLOGICO DE LAS PALMAS

Una de las experiencias marcantes que yo he tenido, en los primeros momentos de mi andadura ministerial, fue un encuentro personal con Monseñor Ancel, obispo francés, auxiliar de Lyon, participante en el Concilio y Responsable General del Prado durante muchos años. Ocurrió en el verano de 1971, en Bechí, Castellón, en unos Ejercicios Espirituales que él dirigía a unos sesenta sacerdotes.

Yo me había ordenado de presbítero hacía tres años. Pleno de generosidad, me planteaba si debía dedicar mi ministerio a estudiar y enseñar teología (que me gustaba mucho y para lo que desde la Diócesis se me había preparado, enviándome a estudiar a Madrid hacía dos años), o a trabajar en medio de los pobres, tal como me sentía igualmente atraído. Empezaba a trabajar entonces en una parroquia de pescadores, gente ruda y que robaba el corazón, que vivían en chabolas, en un barrio de veraneantes ricos. La opción, pues, por los pobres se me presentaba como algo inevitable.

Ante tal dilema, hablé con Ancel, buscando alguna luz en la encrucijada. Recuerdo con detalle su sabia respuesta: "Mira, si tuvieras que elegir entre una cosa u otra, los pobres o la teología, yo te diría claramente

*que eligieras los pobres. Porque, gente para la teología siempre la ha habido y la habrá. En cambio, no son muchos los que eligen los pobres... Ahora bien —me miró con esa mirada profunda de su ojo vivaracho, notándosele más aún que el otro le faltaba— creo que no tienes que elegir. **Puedes hacer teología para los pobres, desde los pobres y con los pobres**”.*

Monseñor Ancel expresaba entonces —lo he ido descubriendo más tarde— una gran intuición. Para empezar, me ayudó muchísimo a resolver mi disyuntiva. Iluminó mi camino ministerial de manera determinante. Pero, además, la intuición de Ancel iba en la línea de la teología de la liberación y, tal vez sin saberlo, estaba formulando tres categorías metodológicas fundamentales de dicha teología.

Tomo la aportación de Ancel como esquema de esta reflexión, que tendrá tres partes, siguiendo los términos de su discurso: hacer teología para los pobres (1), desde los pobres (2) y con los pobres (3).

INTRODUCCION

Se trata de una reflexión de alguna manera autobiográfica, en el marco de la celebración del los 25 años de existencia del Centro Teológico de Las Palmas, cuya historia está ineludiblemente entrelazada con la aventura personal de muchos de nosotros, los primeros profesores de dicho Centro, y con la apasionante historia comunitaria y eclesial de la aplicación y puesta en marcha del Concilio Vaticano II en nuestra Diócesis de Canarias.

He de confesar que, con toda la humildad y con todos los fallos que reconozco, las intuiciones de Monseñor Ancel marcaron toda una trayectoria teológica y ministerial.

No está de más empezar nuestra reflexión por algo que muchas veces se da, pero que no debería darse, por supuesto. Es necesario, ya que hablamos tanto de “pobres”, que aclaremos de entrada quiénes son esos pobres.

Hay que entender lo de pobres

“en un sentido real, y no en un sentido metafórico. Son los que sufren una carencia económica fundamental. Los que están privados de los bienes materiales necesarios para llevar una existencia digna”⁽¹⁾.

(1) J. PIXLEY - C. BOFF, *Opción por los pobres*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1986, pág. 17. En lo que sigue de esta breve introducción, tengo en cuenta las págs. 17-31 de dicho escrito.

Se trata, en primer lugar, *de un fenómeno colectivo*. Hay que rechazar la visión *empirista* o vulgar, que entiende al pobre como un individuo, como un caso aislado y particular. No, se trata de una realidad de carácter colectivo, que afecta a millones de seres humanos. Insisten los autores del libro que se ha citado, con toda razón, en que la diferencia que hay entre los pobres del tercer mundo y los de los países más desarrollados económicamente es una diferencia de grado, no esencial.

Porque en ambos casos estamos ante una realidad estructural y masiva, que afecta a un sector de la población, que sigue siendo legítimo llamarle “clase social”, de las sociedades capitalistas. La diferencia es fundamentalmente numérica: en América Latina los pobres son el 85% de la población y en los países europeos pueden ser el 15 o el 20% ⁽²⁾.

Aunque se ha de observar, para decirlo todo, que no es cuestión sólo de diferencia numérica —por ello se dice “fundamentalmente”—, porque las condiciones de vida de los pobres también son muy diferentes en ambos espacios geográficos. Pero lo que es preciso subrayar es que se trata, cualitativa y etiológicamente hablando, de la misma pobreza.

En segundo lugar, los pobres son *el resultado de un proceso conflictivo*. No constituyen un hecho natural, sino producido, provocado. En ese sentido, es más apropiado hablar de “empobrecidos”, en cuanto que han sido reducidos a esa situación que padecen y mantenidos en ella por la fuerza. Los pobres son clases dominadas y explotadas. Sin esta idea clara, tendríamos de los pobres una visión, no ya ingenua o vulgar como era la visión *empirista*, sino una mirada de alguna manera interesada o distorsionada, calificada de *funcionalista*. Es la visión del sistema, que prefiere ocultar los mecanismos o dinámicas que conducen a la pobreza.

En ese aspecto, la mejor manera de entender el hecho de la existencia de los pobres es entenderla *dialécticamente*, en el sentido de que los pobres existen porque existen estructuras de explotación y exclusión de los pobres. Los mismos mecanismos que explican la creciente riqueza de algunos países o de algunas clases sociales dentro de los países, son los mecanismos que generan la pobreza en otros países u otras clases sociales.

(2) A nivel del Estado español, la proporción de pobres se sitúa en un 20,16 %, según el último Informe FOESSA. Cfr. FUNDACION FOESSA, *V Informe sociológico sobre la situación social en España*, Madrid, 1994, tomo I, pág. 291. En Canarias, desde donde se escribe esta reflexión, la proporción es mayor. Según el mismo estudio, el número de personas situadas bajo el umbral de la pobreza son 448.320 en todo el Archipiélago, lo cual supone un 27,1% del total de la población insular. Cfr. EDIS (Equipo de Investigación Sociológica), *Las condiciones de vida de la población pobre del Archipiélago Canario*, Edita FUNDACION FOESSA, Madrid, 1996, pág.45.

Por todo ello, un tercer aspecto para entender la realidad de los pobres hoy es constatar que los pobres *exigen un proyecto social alternativo*. Si la raíz de la existencia de los pobres tiene claramente un carácter estructural —no se es pobre, en principio, por una razón moral, es decir, por culpa de uno mismo—, entonces la solución tiene que situarse en el nivel estructural: el cambio de las estructuras sociales. Podemos, pues, afirmar que la misma existencia de los pobres está exigiendo la búsqueda de otra forma de organizar la sociedad. Por eso, es preciso descubrir que la verdadera solución pasa por la transformación del sistema social vigente a partir de los propios interesados, los pobres.

Los pobres se convierten así en *una realidad política*. No se trata sólo de que los ricos de este mundo puedan dar a los pobres la posibilidad de desarrollarse, como se pensaba hace unas décadas, sino que estamos ante una verdadera situación de liberación histórica. Sobre todo, al comprobar que la pobreza tiene un dimensión mundial, planetaria. Lo cual significa que la solución sólo puede tener también una dimensión mundial, internacional, planetaria.

Es la conclusión lógica de todo lo anterior. Como dice Adam Schaff:

“Sólo existe una solución: una nueva distribución a nivel internacional de la riqueza social”⁽³⁾.

Ahora, pues, una vez se ha clarificado qué entendemos aquí por “pobres”, vayamos a los tres puntos de la reflexión anunciada.

1. HACER TEOLOGIA PARA LOS POBRES

Hay que partir de una constatación sociológica : los pobres han irrumpido hoy con fuerza en la escena mundial. Se han hecho y se hacen presentes hoy significativamente en la historia de la humanidad, a todos los niveles, como nunca había ocurrido anteriormente.

Se habla de “irrupción de los pobres” y de “la fuerza histórica de los pobres”, expresión ésta última que fue utilizada por Gustavo Gutiérrez en 1978, para dar nombre a una serie de signos de lucha y de despertar colectivo en amplios sectores de la Iglesia Latinoamericana⁽⁴⁾.

El mismo Gustavo Gutiérrez lo explicaba más recientemente con un lenguaje más preciso:

(3) A. SCHAFF, *Humanismo ecuménico*, Editorial Trotta, Madrid, 1993, págs. 96-97.

(4) Cfr. G. GUTIERREZ, *La fuerza histórica de los pobres*, Lima, 1979.

“Desde hace unas décadas, tanto en América Latina como en otros lugares del mundo, se plantea un fenómeno en cierta manera nuevo. Se trata de una presencia distinta del pobre. En estos años, el pobre de América Latina, clásicamente ausente de la historia escrita de nuestros pueblos, comienza a hacerse presente a través de organizaciones populares, sindicales, campesinas... El pobre comienza a percibir su pobreza y a hacerse consciente de las causas de ella. No hablo de comienzos absolutos, pero sí de algo que no existía antes. Esa nueva presencia va a significar que, a partir de ella, cambiará la vida social, política, cultural, y también eclesial y teológica, de América Latina... Esa nueva presencia del pobre trajo muchas consecuencias. Una de ellas fue la de que se empezara a hablar de las causas de la pobreza... Antes nos limitábamos a comprobar la existencia de la pobreza. Lo nuevo, hoy, es hablar de aquello que motiva la pobreza, para poder combatirla de raíz”⁽⁵⁾.

Para entender esta “fuerza histórica” de los empobrecidos del mundo de hoy, algunos pensadores hablan de que se está verificando de otra forma la tesis marxista clásica de que el sistema capitalista produciría inevitablemente el empobrecimiento de masas de proletarios, que serían los protagonistas de la revolución. Esa tesis, que la historia reciente de los países occidentales ha logrado desmentir, puede seguir teniendo validez a nivel planetario.

Así lo formula, por ejemplo, el citado Adam Schaff:

“La tesis marxiana sobre un empobrecimiento absoluto en el capitalismo, con frecuencia aducida como prueba de la falsedad del marxismo, conserva todavía su fuerza profética en ‘otro horizonte’: el proletariado marxiano está hoy en la población del Sur, y no en la ‘central’ del Norte. De este modo, no sólo puede encontrar todavía alguna rehabilitación la tesis del absoluto empobrecimiento —desgraciadamente funciona demasiado en el ámbito Sur—, sino también la teoría de la revolución que de ella se deriva, aunque en su concepción clásica haya perdido ya su sentido en el Norte. El 85% de la humanidad no va a resignarse a vivir perpetuamente en condiciones inhumanas”⁽⁶⁾.

De hecho, hay muchos signos de que ya los pobres no soportan vivir pasivamente una situación de opresión. Se puede decir que hoy día el pobre

(5) G. GUTIERREZ, *Renovar la opción por los pobres*, en *Sal Terrae*, tomo 83/9, n.º 983 (octubre 1995), págs. 677-690. La cita es de las págs. 678-679.

(6) A. SCHAFF, *o.c.*, pág. 96.

está ligado a la idea de revolución, en el sentido de un cambio de estructuras de la actual sociedad. Desde muchos ámbitos se asegura hoy que es posible, otros dicen inevitable, un proyecto histórico de cambio de la organización planetaria mundial. Se puede decir con verdad que “los pobres se están levantando y organizando en vistas a su liberación colectiva”⁽⁷⁾.

Resulta, pues, normal que en la Iglesia haya irrumpido la realidad de los pobres. Ya Juan XXIII, a comienzos de los años sesenta, en el entorno de la celebración del Concilio Vaticano II, había percibido el despertar de las clases trabajadoras y su irrupción en la historia reciente de la humanidad y la calificó, al lado de los movimientos de independencia de los pueblos colonizados por occidente y de emancipación de la mujer, como un verdadero “signo de los tiempos” en nuestra época⁽⁸⁾.

En el Concilio y en los años posteriores se empezó a formular la idea de “la Iglesia de los pobres” y en los últimos veinte años se ha hablado y se ha escrito de ello profusamente. Ciertamente, estamos ante uno de los hechos importantes del tiempo del Concilio.

Y han sido “las Iglesias pobres del Tercer Mundo” las que han introducido en la vida y en la reflexión de toda la Iglesia el tema de la opción por los pobres⁽⁹⁾.

Ya en la IIª Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Medellín (1968) se proclama que la Iglesia ha de dar “preferencia efectiva a los sectores más pobres y necesitados y a los segregados por cualquier causa”⁽¹⁰⁾.

Pero es en Puebla, once años más tarde, donde expresamente se empieza a hablar de la opción preferencial. Se insiste repetidamente, a lo largo de todo el documento, en la necesidad de un “amor preferencial pero no exclusivo por los pobres”⁽¹¹⁾. Esta preferencia por el pobre no se basa en determinadas condiciones del pobre, sino que se ha de tener en cuenta al pobre en cuanto tal: “Los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren”⁽¹²⁾.

(7) J. PIXLEY - Clodovis BOFF, *o.c.*, pág. 22.

(8) Cfr. *Pacem in terris*, 1963, n.º. 40-42.

(9) Cfr. J.B. METZ, *Más allá de la religión burguesa*, Editorial Sígueme, Salamanca, 1982, págs. 52-67. El autor habla de una “segunda reforma” de la Iglesia que está aconteciendo y cuyos protagonistas están siendo precisamente las Iglesias pobres del Tercer Mundo.

(10) II CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Iglesia y liberación humana. Los documentos de Medellín*. Editorial Nova Terra, Barcelona, 1969, pág. 223.

(11) III CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO, *Puebla. La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1979, n.º 1.165.

(12) *Ibidem*, n.º 1.142.

La motivación para esta opción preferencial es teológica: Siguiendo a Cristo, la Iglesia ve en el pobre la imagen de Dios desfigurada: “hechos a imagen y semejanza de Dios, para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aun escarnecida... por eso Dios toma su defensa y los ama”⁽¹³⁾.

Es tan importante para Puebla esta opción preferencial por los pobres que se convierte en “la medida privilegiada aunque no excluyente de nuestro seguimiento de Cristo”, de forma que “son los primeros destinatarios de la misión y su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesús”⁽¹⁴⁾.

Después de Puebla, esta opción por los pobres ha ido encontrando eco no sólo en toda América Latina, sino también en toda la Iglesia Católica e incluso en otras Iglesias cristianas. Ha sido asumida por las instancias oficiales de la Iglesia, comenzando por Juan Pablo II, que se ha erigido en un defensor entusiasta, prestándole un decidido apoyo en sus discursos y en todas sus cartas pastorales.

Por ello, es frecuente encontrar este tipo de valoraciones:

“Se puede afirmar que la irrupción del pobre en la Iglesia es un macroacontecimiento del cristianismo actual y que tal hecho se debe fundamentalmente a dos series de factores : la posesión de una notable fuerza histórica y la conciencia de sentirse preferencialmente invitados al banquete del Reino”⁽¹⁵⁾.

Somos testigos, al final del segundo milenio de cristianismo, de una situación teológico-pastoral totalmente nueva en la vida de la Iglesia. Como afirma Leonardo Boff:

“Personalmente opino que con esta opción preferencial por los pobres se ha producido la gran y necesaria revolución copernicana en el seno de la Iglesia universal. Sinceramente creo que esta opción significa la más importante transformación teológico-pastoral acaecida desde la Reforma protestante del siglo XVI”⁽¹⁶⁾.

Se trata, según Puebla, de una “opción preferencial por los pobres contra la pobreza”. Los pobres aquí significan “los que sufren injusticias, porque su pobreza es producida por mecanismos de empobrecimiento y explotación”. Se considera la pobreza, por tanto, como un mal y como una injusticia. Optar

(13) *Ibíd.*

(14) *Ibíd.*, n^{os}. 1.145 y 1.141.

(15) M. VIDAL, *Moral Social (Moral de actitudes-III)*, Editorial Perpetuo Socorro, Madrid, 1991 (7^a), pág. 133.

(16) L. BOFF, *La fe en la periferia del mundo*, Editorial Sal Terrae, Santander, 1981, págs. 193-194.

por los pobres supone “optar por la justicia social, contra la pobreza inicua y por una sociedad justa y fraterna”⁽¹⁷⁾.

Finalmente, Puebla concluye su argumentación acerca de la opción por los pobres, afirmando que no es algo “opcional” para un cristiano o para una comunidad eclesial, sino que es algo que necesariamente ha de ir acompañada a la opción por Jesucristo: “Afirmamos la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral”⁽¹⁸⁾.

Con todas estas connotaciones de la opción preferencial por los pobres, se nos descubre un hecho significativo: ha sido la irrupción de los pobres en la historia y en la vida de la Iglesia lo que ha provocado que ésta empiece a tomar conciencia de la necesidad de optar por ellos.

Es decir, que la fuerza histórica con que han surgido los pobres es lo que ha motivado que, providencialmente, la Iglesia descubra algo que pertenece a la entraña de la revelación de Dios en Jesucristo. Como si el Espíritu de Dios nos hubiera hablado por la voz angustiada, por el grito de los pobres en la historia. Y, al llamarnos la atención desde la historia, caemos en la cuenta de la importancia que el asunto tenía en la propia manifestación de Dios en Jesús de Nazaret, el Cristo.

Teniendo presente la parábola de los invitados al banquete (Lucas 14, 15-24), los pobres, es decir, los lisiados, los cojos, los ciegos de la parábola han irrumpido en el banquete, y han empezado a llenar la casa, reclamando su parte en el festín. Los que nos habíamos sentido invitados en primera instancia somos cuestionados e interpelados por los que ahora tocan insistentemente a la puerta. Y empezamos a comprender el plan de Dios y sus preferencias amorosas.

En efecto, al pensar por qué la Iglesia ha de realizar una opción preferencial por los pobres de la sociedad actual, la razón teológica está indudablemente en el amor preferencial de Dios por ellos.

Si viviera en nuestros días el gran teólogo que fue San Anselmo de Canterbury, que destacó en el empeño de buscar las “razones necesarias” para los misterios de la fe, nos ayudaría a descubrir en esto una de las razones necesarias de nuestras prioridades: tenemos que optar preferentemente por los pobres, porque Dios los ama con amor preferente.

(17) Cfr. *Puebla*,..., n.º. 30, 1.160, 1.136 y 1.154.

(18) *Puebla*,..., n.º 1.134.

Creo que estamos aquí ante un ejemplo claro de lo que son los “signos de los tiempos”, tal como los entendió el Concilio Vaticano II.

Porque, para entender la opción preferencial por los pobres de la Iglesia, se ha de realizar lo que ya hace tiempo calificó Dupont como “rodeo cristológico”⁽¹⁹⁾. Es decir, tratar de captar en la forma de actuar Jesús cuáles son las “razones necesarias” de Dios para la preferencia por el pobre.

Siguiendo al mismo Dupont y a otros teólogos, podemos suscribir la afirmación rotunda de uno de ellos: “Jesús no prefiere a los pobres por haber encontrado en ellos alguna cualidad especial, sino precisamente porque son pobres”⁽²⁰⁾.

González-Carvajal razona su afirmación recurriendo a varias parábolas de Jesús, y en ellas constata que Jesús “prefiere a la oveja perdida entre las 99 restantes, e incluso a las 99 juntas (Lc. 15, 4-6), sólo porque se había perdido...a la hora de pagar, da preferencia al obrero que había estado parado frente a todos los demás (Mt. 20, 1-16) únicamente porque nadie le había ofrecido trabajo; Lázaro, por último, no tenía otro 'mérito' frente a Epulón (Lc. 16, 19-31) que el de ser pobre”⁽²¹⁾.

El autor sigue su discurso, observando que en la otra preferencia de Jesús, los pecadores, se ve todavía más claro que la razón de la preferencia de Dios se encuentra en Dios y no en ellos⁽²²⁾.

Gustavo Gutiérrez nos explica, una vez más con su habitual claridad y autoridad, la razón de la preferencia de Dios —y por ello la nuestra— por los empobrecidos y maltratados de la historia, recordándonos antes que sólo en el contexto de la universalidad del amor de Dios se comprende su preferencia por los pobres:

“Pero ¿por qué esta preferencia? No es el análisis social, que nos permite comprender la pobreza, el que nos lleva a preferir a los pobres. Dicho análisis es ciertamente útil, pero no suficiente para ello. La compasión humana es importante también, pero no es la razón última. Si debemos preferir a los pobres, es porque Dios es bueno. La razón última de nuestra preferencia está en el Dios de nuestra fe. Esta afirmación compromete a todos los creyentes. Nadie puede escapar a la exigencia de esta preferencia por

(19) J. DUPONT, *La Iglesia y la pobreza*, en G. BARAUNA (dir.), *La Iglesia del Vaticano II*, tomo I, Juan Flors Editor, Barcelona, 1966 (2ª), pág. 403.

(20) L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, *Con los pobres contra la pobreza*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1991 (3ª), pág. 64.

(21) *Ibidem*, págs. 64-65.

(22) Cfr. *Ibidem*, págs. 65-66.

los pobres. La preferencia viene de la bondad de Dios y de su amor gratuito, noción central del mensaje evangélico”⁽²³⁾.

Por tanto, el programa de *hacer teología para los pobres* me cautivó desde el principio. Los primeros pasos de un ministerio generoso y conflictivo, en los barrios de pescadores de Melenara y de aparceros de Ojos de Garza, durante tres años, y los cinco años de Fuerteventura se encargaron deirme referenciando de manera concreta ese mundo de los pobres, a los que dedicarme.

El año 1972, precisamente el mismo en que nació nuestro Centro Teológico, hace un cuarto de siglo, significó mucho en este camino teológico que trato de narrar. Al principio, la opción era clara : si los pobres estaban fundamentalmente en el Tercer Mundo, en América Latina, se trataba de hacer la maleta e irse para allá. Quedo de acuerdo con dos amigos sacerdotes vinculados al Instituto Español de Misiones Extranjeras (IEME), para asistir juntos al primer Encuentro de Teólogos de la Liberación en El Escorial. Pensábamos que era el mejor contexto para decidir nuestra partida para América.

Y sucedió lo que suele pasarle a muchos canarios (es fenómeno frecuente entre los estudiantes que salen de las islas y, sobre todo, entre los emigrantes a América): ¡mirando hacia América, descubrí Canarias! Mi conclusión, en casi todas las conferencias de los teólogos latinoamericanos, era: esa reflexión que ellos están haciendo allá, la tenemos que hacer nosotros aquí. Sin mimetismos, con creatividad, nos urge una reflexión hecha *en* Canarias y *para* los canarios.

El referente “*pobres*” se va concretando: los pescadores, los aparceros, el pueblo mayorero, ...el pueblo canario. Hacer teología para los pobres se va traduciendo en esos términos concretos. Y de ahí brota esa inquietud, cultivada y realizada, dentro de las limitaciones de todo tipo, pero con algunos frutos, por hacer una *teología canaria*.

Otra coincidencia importante : el año 1972 fue también el comienzo del Estudio Socio Pastoral, acontecimiento que marcó la marcha de nuestra Diócesis, incluida la polémica en la que se vio envuelto. Desde el punto de vista teológico, perspectiva en la que aquí nos situamos, significó una confirmación de la necesidad de trabajar en la línea de una teología hecha *para los pobres*.

(23) G. GUTIERREZ, *art. cit.*, pág. 683.

2. HACER TEOLOGIA DESDE LOS POBRES

La práctica de la opción preferencial ha ido ayudando a la Iglesia, y particularmente a la teología, a dar un paso importante. Descubrir que

“con ella se define un nuevo lugar histórico-social desde el que la Iglesia desea estar presente en la sociedad y construirse a sí misma, a saber, en medio de los pobres, los nuevos sujetos de la historia”⁽²⁴⁾.

Se empieza a realizar un giro transcendental en la vida y en la actividad eclesiales. No se trata sólo de trabajar ‘*por ellos*’ y ‘*para ellos*’, sino que la dinámica va llevando a los agentes de pastoral, a los pastores y a las mismas comunidades a enfocar todo su trabajo “*desde ellos*”.

Podemos centrarnos por un momento en la teología, tomada aquí no en cuanto quehacer de los profesionales de la misma —lo cual también resulta significativo y pertinente—, sino en cuanto algo que es tarea de todo creyente, de toda comunidad, en cuanto que la teología es “la fe que busca comprender”, según la famosa expresión de San Anselmo.

Pues bien, hablando desde la teología, compartimos las afirmaciones de José María Castillo, que dice:

“Los pobres no son sólo el lugar social, sino sobre todo el lugar epistémico desde el que con más garantías de objetividad, podemos entender a Dios, los proyectos de Dios, la voluntad de Dios. Aquí resulta decisivo recordar la afirmación de Jesús: ‘Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque si has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla’ (Mat. 11, 25)”⁽²⁵⁾.

Los pobres son el lugar desde el cual se ha de pensar la fe en el Dios Padre de Jesucristo:

*“Según Jesús, desde la situación de esta gente es **desde donde** se comprende a Dios y las cosas de Dios... Es, por tanto, desde lo marginal del orden presente **desde donde** podemos, con más garantías de objetividad, conocer a Dios. Y eso significa que desde la marginalidad de los pobres es **desde donde** podemos entender a Jesús y su Evangelio”*⁽²⁶⁾.

(24) *Ibidem*.

(25) José María CASTILLO, Los pobres y la teología, en *Almogaren*, Revista del Centro Teológico de Las Palmas, 19 (diciembre 1996), págs. 65-93. La cita es de la pág. 69.

(26) *Ibidem*, pág.69-70.

Castillo hace referencia a 1 Cor 1, 26-28: ni los sabios, ni los intelectuales, ni los aristócratas..., sino lo necio, lo plebeyo, lo débil... lo ha elegido Dios.

“Hacer teología desde los pobres”, una de las intuiciones de Ansel, ha venido a ser, después de muchas elaboraciones y debates metodológicos, no sólo “una forma de hacer teología”, sino “la única forma de hacer teología cristiana”.

Así lo reivindican los teólogos de la liberación, destacando entre ellos Ignacio Ellacuría, Leonardo Boff y Gustavo Gutiérrez, en su afán, realizado con notable entusiasmo, de demostrar la importancia transcendental que tiene para la teología el situarse desde el lugar del pobre, como lugar desde el cual se hace la vivencia y la reflexión teológicas⁽²⁷⁾.

Ellacuría insiste en la consideración de los pobres como “lugar teológico” a secas y en reflexionar “desde la perspectiva del pobre”. Leonardo Boff utiliza la expresión “hacer teología desde la periferia del mundo”. Y Gustavo Gutiérrez propone “hacer teología desde el reverso de la historia”.

Con todas estas expresiones se quiere decir que los pobres no han de ser sólo los destinatarios y un contenido especial de la reflexión que se elabore teológicamente, sino que toda la teología ha de hacerse *desde la perspectiva del pobre*.

En una reciente aportación metodológica al respecto, sencilla y asequible, se contienen varios elementos que conviene retener. Es de un profesor de la Universidad Centro-Americana de San Salvador. Dice:

“La perspectiva del pobre es la otra gran intuición que configura el modo de proceder de la teología de la liberación... Probablemente se trata de una de las mayores gracias que el Espíritu ha hecho a las iglesias en la segunda parte del siglo XX”⁽²⁸⁾.

Más adelante, muestra lo que esa gracia de Dios tiene de exigencia ética:

“La irrupción del pobre tanto en la vida de las iglesias como en la reflexión teológica es, ante todo, una gracia de Dios. Esta gracia ha llevado a una renovación profunda de la espiritualidad cristiana, de la vida religiosa y de la pastoral; y la radicalidad de dicha

(27) Sobre esto hay mucho escrito. Una buena síntesis se puede encontrar en I. ELLACURÍA, *Los pobres, lugar teológico en América Latina*, en *Misión Abierta*, n.º. 4-5 (1981), págs. 225-270.

(28) A. GONZALEZ, *La vigencia del “método teológico” de la teología de la liberación*, en *Sal Terrae*, tomo 83/9, n.º 983 (octubre 1995), págs. 667-675. La cita es de la pág. 671.

gracia se podrá mostrar también en la capacidad de la teología para pensar todos los contenidos de la fe cristiana desde la luz que los pobres han encendido en su Iglesia... La teología debería más bien ayudar a articular un lenguaje de fe que partiera de los pobres y que conectara liberadoramente con su situación. Y para ello se necesita tanto la cercanía a esa situación como el trabajo intelectual riguroso”⁽²⁹⁾.

Imposible no recordar de nuevo la fecunda y profética intuición de Ancel, insinuando que la dedicación a los pobres no sólo no ha de disminuir para nada la seriedad del trabajo intelectual teológico, sino que, al contrario, lo exige con un título especial: los pobres se lo merecen y lo necesitan.

Y de la exigencia ética podemos acercarnos a la visión utópica, mirando al futuro. Hablando de la necesidad de una teología “planetaria”, que se corresponda con la problemática mundial, planetaria, de los empobrecidos, dice Antonio González:

“De hecho, los contenidos fundamentales de la fe cristiana necesitan ser pensados en un horizonte que ya no es ni el horizonte griego de la naturaleza ni el horizonte europeo de la subjetividad. Y ninguna teología cristiana puede pasar por alto el hecho de que la mayor parte de la humanidad (y la mayor parte de los católicos) pertenece a las mayorías más empobrecidas del planeta. Manteniendo la riqueza incuestionable del pluralismo teológico, hay buenas razones para pensar que las intuiciones fundamentales de la teología de la liberación no sólo están vigentes, sino que pueden constituir los ingredientes fundamentales de toda teología que quiera reflexionar a la altura planetaria del siglo que se avecina”⁽³⁰⁾.

Por su claridad y rotundidad, citamos todavía y de nuevo a un teólogo español, José María Castillo, que insiste en todo ello con toda nitidez:

“La existencia de millones de pobres en el mundo plantea, ante todo, un problema fundamental a la teología. Se trata del problema hermenéutico. Sin duda, el problema más radical para el que-hacer teológico. Como todo saber humano, el saber teológico está siempre determinado y condicionado por el lugar epistémico

(29) *Ibidem*, pág. 672 y 675.

(30) *Ibidem*, pág. 675.

desde el cual se elabora ese saber. Ahora bien, por los datos que nos aporta la revelación bíblica, el lugar epistémico privilegiado para el acceso a Dios es la solidaridad con los pobres"⁽³¹⁾.

Por ello, Castillo no oculta su entusiasmo por esa teología hecha desde los pobres, expresando algo que ya hemos dicho unas líneas más arriba:

"También se puede y se debe decir que la teología de la liberación no es simplemente una nueva asignatura en teología, sino un nuevo modo de hacer toda posible teología. Más aún, tal teología no ha sido una moda pasajera, que ya cumplió su cometido y está llamada a desaparecer, sino que es la forma y el modo de hacer teología que garantiza, en la medida de nuestras posibilidades, una mayor objetividad teológica. En este sentido, la teología de la liberación es una conquista irreversible de la teología para el futuro"⁽³²⁾.

En este contexto, la inquietud por una teología producida para Canarias, va haciendo surgir en algunos de nosotros la otra propuesta: reflexionar teológicamente *desde la perspectiva canaria*:

"Queremos, pues, caminar hacia una reflexión teológica que asuma nuestras características culturales como pueblo específico, afirmadas en interdependencia —no en dependencia— con los otros pueblos (de Canarias, desde Canarias, para Canarias); que sea elaborada desde la perspectiva de los pobres de nuestras islas y de todo el mundo (popular); y que contribuya a dinamizar la fe de las comunidades cristianas como servicio liberador a nuestro pueblo, a toda persona de la condición y clase que sea, y a toda la humanidad (liberadora)"⁽³³⁾.

En esta dirección, como contribución modesta e ilusionada, que llegó a ser verdaderamente "divertida", ha de inscribirse el trabajo realizado sobre la fiesta canaria, que quiere ser un ejemplo de la fecundidad de una reflexión teológica hecha desde esa orientación⁽³⁴⁾.

(31) Art. cit., pág. 91-92.

(32) *Ibidem*, pág. 92.

(33) *Hacia una teología canaria. Reflexiones metodológicas para hacer teología desde Canarias*. Lección inaugural del curso académico 1980-81. Centro Teológico de Las Palmas, Las Palmas de Gran Canaria, 1980, pág. 35.

(34) *Fiesta canaria. Hacia una interpretación teológica*. Publicaciones del Centro Teológico de Las Palmas, Las Palmas de Gran Canaria, 1991.

3. HACER TEOLOGIA CON LOS POBRES

Este tercer nivel, suponiendo los otros dos anteriores, avanza un paso más. La misma expresión indica que se intenta superar todo “paternalismo”, toda actuación que venga “de arriba”, de un lugar superior. Porque actuar “*con ellos*” significa ponerse a su lado, junto a ellos, al mismo nivel.

De ahí, una vez más, la valoración que podemos hacer de aquella aportación espiritual de Ancel, tan llena de sabiduría teológica y pastoral. Porque, como observan atinadamente muchos teólogos, la expresión “*por los pobres*” puede entrañar cierto paternalismo eclesial.

Marciano Vidal dice expresamente:

“Creemos que considerar al pobre como sujeto y protagonista de la evangelización supone un progreso teológico en relación con la teología de la opción preferencial. Hasta se puede afirmar que, mientras la teología de la opción preferencial pertenece a las instancias oficiales de la Iglesia, la consideración del pobre como sujeto y protagonista de la evangelización corresponde a los profesionales de la teología”⁽³⁵⁾.

Si bien podría matizarse la aseveración tan rotunda de nuestro moralista, en el sentido de que los teólogos de la liberación incluyen en la expresión “opción preferencial por los pobres” todos los contenidos que se refieren a la consideración de los empobrecidos como sujetos y protagonistas, no está mal caer en la cuenta —y ése puede ser el sentido de la observación de Marciano Vidal—, del riesgo de “paternalismo” que encierra el lenguaje, cuando no se matiza y se interpreta correctamente.

Lo cierto es que es posible que en determinados momentos nos sorprendamos a nosotros mismos actuando y pensando “*para*” los pobres, e incluso “*desde*” ellos, pero “*sin*” ellos.

Tengo que confesar que, después de doce años compartidos en el Movimiento de la Fraternidad Cristiana de Enfermos y Minusválidos, la Frater, una de las aportaciones más enriquecedoras que he podido recibir es la llamada insistente a aprender a caminar “*con ellos*”, al ritmo de las personas que lo componen y dirigen, personas en su gran mayoría discapacitadas físicamente.

Se trata de un Movimiento en el que el protagonismo lo han de llevar, por planteamiento, las propias personas con enfermedad o minusvalías, de

(35) M. VIDAL, *o. c.*, pág. 136.

forma que los que no son, en principio, minusválidos o enfermos son admitidos siempre que respeten y practiquen este presupuesto.

Porque, en efecto, Henri François, fundador de la Frater, descubrió, de manera providencial, que si, según decía por entonces Cardinj, “el joven obrero ha de ser el evangelizador de los otros jóvenes obreros”, de la misma manera “los enfermos han de ser los propios evangelizadores de los otros enfermos”. Según esa intuición fundamental, se fue organizando la Frater, con la idea clara de que el protagonismo de la organización ha de recaer siempre en las personas con enfermedad y minusvalías.

Al ser, además, un Movimiento de Apostolado Seglar, el papel de los presbíteros es siempre necesario, pero de carácter secundario, como asesor, de acompañamiento en la fe, de “consiliaría” (que viene de *consilium*, que significa “consejo”).

Estar, pues, en un Movimiento de personas laicas y minusválidas físicas, cuando uno es —casi— una persona “sana” y además cura, requiere un largo aprendizaje. Ir aprendiendo a hacer las cosas no sólo “para” los enfermos, sino “con” ellos, de forma que sean ellos los principales sujetos y actores del Movimiento.

En la Fraternidad, los consiliarios —y de manera similar los fraternos sanos— recordamos continuamente las sabias palabras de León Felipe:

*“Voy con las alas tensas
y refrenando el vuelo,
porque no es lo que importa
llegar solo ni pronto,
sino con todos y a tiempo”⁽³⁶⁾.*

Habla el poeta de ritmo y de forma de caminar. Por eso, es una verdadera gracia para muchos presbíteros haber trabajado o trabajar en los Movimientos de Acción Católica. Porque en todos ellos impera el mismo principio del protagonismo de los laicos. El sacerdote tiene que aprender a caminar “con ellos”, a su ritmo.

En una Iglesia todavía demasiado clerical, dichos movimientos tienen mucho que aportarnos, especialmente a los sacerdotes. Aparte de que siguen siendo un elemento importante para que la Iglesia cumpla con su misión de evangelización, especialmente de los ambientes a los que no llega una pastoral territorializada, como es la de las parroquias.

(36) EQUIPO GENERAL DE LA FRATER, *Carta de Amigos*, febrero 1997.

Y hay que reconocer que todavía en nuestra Iglesia se ha de avanzar en este camino. Para Juan Pablo Richard,

“la condición normal del pobre en la Iglesia ha sido la de ‘objeto’. Hoy día, por el contrario, el pobre irrumpe como ‘sujeto’ histórico: irrumpe con un proyecto propio y con medios de organización y expresión que le son también propios”⁽³⁷⁾.

La experiencia pastoral se ha encargado de irnos haciendo comprender lo que Ancel quería decir con aquello de “hacer teología *con* los pobres”. Estaba apuntando a uno de los más altos niveles de encarnación, de compartir la vida de los pobres.

Si ampliamos la mirada, y pensamos cómo vivir el ministerio intentando hacer teología “*con los pobres*”, encontramos aspectos como los siguientes:

- descubrir sus posibilidades, muchas veces ocultas.

Si tenemos fe en el amor preferencial del Padre por los pobres, tenemos que esforzarnos por descubrir la buena obra que el Padre realiza en medio de ellos.

Necesitamos esa mirada contemplativa, teologal para “*contemplar los campos preparados para la siega*” (Juan 4, 35), cuando nos acercamos a la vida de estas personas y de estos colectivos. El Espíritu del Resucitado ha sembrado en sus corazones enormes posibilidades de bien que hay que descubrir, para apoyar y potenciar desde nuestra acción modesta y muchas veces discreta y callada, sin brillo.

Saber “mirar” la vida como Jesús enseñó a sus discípulos a mirarla, tal como se ve en el episodio, paradigmático, de la viuda pobre del Evangelio:

“Jesús se sentó frente al arca del tesoro y miraba cómo echaba la gente monedas en el arca del tesoro. Muchos ricos echaban mucho. Llegó también una viuda pobre y echó dos moneditas, o sea, una cuarta parte de un as. Entonces, llamando a sus discípulos, les dijo: ‘Les digo de verdad que esta viuda pobre ha echado más que todos los que echan en el arca del tesoro. Pues todos han echado de lo que les sobraba; ella, en cambio, ha echado de lo que necesitaba, todo cuanto poseía, todo lo que tenía para vivir’ ” (Mc. 12, 41-44).

(37) Citado en M. VIDAL, o. c., pág. 136.

- confiar en sus capacidades.

Si estamos convencidos de que “*la fuerza de Dios se manifiesta en la debilidad*” (cfr. 2 Cor. 4,7), hemos de ir aprendiendo a confiar en las capacidades que Dios ha depositado en ellos y desde las cuales su fuerza se quiere manifestar.

- ayudarles a superar sus limitaciones.

La experiencia nos hace ver las limitaciones que están presentes en la vida de los pobres y nos aleja de toda idealización romántica. La debilidad, las pobrezas de todo tipo, el pecado están actuantes en la vida de los pobres y hay que asumir esta realidad.

Y desde ahí, tratar de ayudarles en la superación paciente y progresiva de dichas limitaciones y barreras. Esta superación de todo tipo de barreras y dificultades, debería estar siempre presidida por aquella máxima, que se repite mucho entre la gente de la Frater: “Nuestras capacidades superan nuestras limitaciones”.

- captar su potencial evangelizador.

Poco a poco, a medida que la mirada teologal se proyecta sobre la vida y acción de los pobres, vamos captando el inmenso potencial evangelizador que poseen, por voluntad de Dios. Empieza a ser realidad viva la famosa expresión, convertida en tópico: los pobres nos evangelizan.

Mucho de todo esto se dice en un número de las Constituciones de nuestro Sínodo Diocesano de Canarias de 1992, que recoge muchos de los aspectos sobre los que aquí hemos intentado reflexionar y cuyas afirmaciones son, en parte, fruto de la vida y la experiencia de personas y comunidades que hicimos el Sínodo y, en parte, aspiraciones utópicas de los caminos por donde queremos que discurra el futuro de nuestra vida eclesial. En este texto se recoge, por lo demás, un eco cercano y cálido de la reunión episcopal de Puebla, cuyo documento, especialmente su número 1.147, inspiró en gran medida nuestra redacción canaria:

“El primer signo que la Iglesia ha de presentar a todos los hombres y mujeres de nuestra tierra, es la evangelización de los pobres. La Iglesia ha de prestar a los pobres una atención especial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren.

Hechos a imagen y semejanza de Dios para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y muchas veces escarnecida. Por eso, Dios toma su defensa y los ama con amor de predilección.

Los pobres, por tanto, han de ser los destinatarios preferentes de la misión y su evangelización es señal y prueba por excelencia de que la Iglesia en Canarias continúa la misión de Jesús.

Más aún, nuestra Iglesia diocesana ha de optar por los pobres de tal manera que descubra el potencial evangelizador que existe en ellos, por voluntad de Dios. Los pobres nos evangelizan, en cuanto que interpelan constantemente a la Iglesia, llamándola a la conversión, en cuanto muchos de ellos realizan en su vida, llena de dificultades, los valores evangélicos de solidaridad, servicio desinteresado, sencillez y disponibilidad para acoger el don de Dios.

En nuestras parroquias, movimientos, asociaciones y organismos pastorales, los pobres han de tomar la palabra, ser protagonistas en la Iglesia y ocupar un puesto de privilegio en todas nuestras actuaciones y celebraciones. Ellos son, con palabras de San Juan Crisóstomo, 'los ecónomos de la esperanza de la humanidad y, al mismo tiempo, los guardianes del Reino' ”⁽³⁸⁾.

Está claro que esta manera de situarse, intentando vivir más de cerca con los pobres, nos va cambiando nuestra idea sobre el Dios de Jesús, la experiencia de Dios se renueva de forma sorprendente. Aparece el Dios de la ternura inmensa, de la confianza ilimitada, el Dios com-pasivo, y una serie de dimensiones que sería muy largo comentar...

CONCLUSION

Las perspectivas se han ido ampliando progresivamente, a medida que la intuición de Ancel ha ido desplegando todas sus potencialidades. Es toda una trayectoria teológica y ministerial la que se diseña, mezcla de realizaciones y de frustraciones, de deseos y de fracasos, de sueños e ilusiones, al filo de los años y al compás y al ritmo del lento crecimiento del CET.

Los tres pasos de Ancel se hallan presentes, de muchas maneras. Y aún hay algo más. Se trata de un aspecto que no fue dicho por Ancel, aunque estoy seguro que él lo daba por supuesto y lo incluía implícitamente.

Me refiero no sólo a trabajar teológicamente y vivir *para, desde y con* los pobres, sino a llegar a ser *como ellos*.

(38) DIOCESIS DE CANARIAS, *Constituciones Sinodales*, Edita Obispado de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria, 1992, n.º 197.

Aparece así una cuarta dimensión de la opción por los pobres: terminar asumiendo sus condiciones de vida, vivir *como* los empobrecidos. La opción por los pobres va modelando la vida, la va configurando de forma especial. Se termina, como los pobres y como Jesús que optó por ellos, *siendo pobre*.

Es la dinámica de la encarnación, que conduce a ser “uno de tantos” en medio de los pobres. Se hace presente “la fuerza del *como*”. Se trata de una vocación especial en la Iglesia, que aquí se me presenta como puerta abierta a la utopía. Tal vez la teología así practicada debería llevarnos a muchos por esos caminos...

Ahora entiendo la expresión programática y sintética de González-Carvajal: “El programa... debería ser éste: ‘Todos *para* los pobres, muchos *con* los pobres, algunos *como* los pobres’ ”.

Felipe Bermúdez Suárez

(39) L. GONZALEZ-CARVAJAL, *o. c.*, pág. 75.